

CRÍTICA DE LIBROS Y COMENTARIOS

Crónica para la historia de Caravaca

COLECCIÓN TAMIR I.

AUTOR: JOSÉ ANTONIO MELGARES GUERRERO

EDITA: AYUNTAMIENTO DE CARAVACA. 280 páginas. 1991.

CRONISTA de la villa de Caravaca, amén del Académico Correspondiente de la A.A.X. de Murcia, Melgares Guerrero, nos deleita, una vez más con este libro, que entendemos es básico para comprender la crónica de su amada ciudad caravaqueña, de la que se puede afirmar, que el autor conoce todo sobre ella, porque la ama y como dice Goethe, sólo se ama aquello que se conoce.

Lo que sucede es que Melgares Guerrero asume su oficio de cronista con la honestidad y el valor que le otorga el serlo, y la serie de conocimientos sobre la materia que trata, que sin duda es tan sensible y honda, como las viejas calles, los rincones, los arcos y los lugares que escudriña en torno a su Castillo templario y las torres fortalezas de las que se ocupa con cariño, casi diríamos que mima todo aquello que mira e indaga, lo trata como el padre al hijo amado, revolviendo el detalle de su memoria, al igual que fuera pasando las hojas de un viejo álbum de fotografías y viera la bella estampa, el detalle nimio, casi olvidado de aquel a quien contempla. Pues Caravaca es como ese hermoso niño que fue creciendo a lo largo de la historia, muchos de cuyos restos han desaparecido o sirven de recuerdo en sus tristes piedras románticas y gastadas por el llanto de la naturaleza, pero que aún brota de nuevo en la recreación de sus efemérides, cada tres de mayo, en que se celebra el Milagro de la Cruz, que es como un regocijo, como la auténtica voz del pueblo que le rinde homenaje, desde los ángulos diversos de la ciudad, pues ciudad, lo es a partir de Isabel Segunda,

como nos advierte el cronista. El detalle del Milagro de la Cruz durante el siglo XIII, momento fecundo de su personalidad, arrastra el impacto de su carácter, con el diorama artesanal que lo envuelve y se va añadiendo a través de los siglos, aunque por virtud de pactos y tratados, la villa va a incorporarse a Castilla y posteriormente al Temple, hasta que al finalizar la Orden en el año 1310, por causas que aún están investigando los especialistas y que hacen resonar las palabras de su último ejecutado por la Inquisición, Jacobo de Molay; pasa a depender de la Orden de Santiago, quedando influjos de todo ello en sus monumentos, en sus espacios, a veces ilustrados con leyendas templarias, en torno a fuentes y paisajes, lo que hace interesante y ameno todo el espacio histórico del que se ocupa el escritor, pues pese a las pinceladas sobre diversos asuntos, sin embargo quedan engarzadas en completo orden de temas investigados, desde el documento original, digno de elogio.

Si un primer cuerpo lo compone la historia, el segundo se refiere a lo que el autor designa bajo el epígrafe de «Hombres», donde da nota de una serie de personalidades que han ido construyendo el alma de Caravaca, las recoge como en un retablo imaginario pero vital, donde se asoman en él, tanto el humilde sacristán, siempre pendiente de cada festividad, de las vísperas y de las homilías a veces rozando su vida aspectos de los pícaros de nuestro XVII, o se queda en la seriedad del hombre dedicado a las artes, como en la fisonomía de Rafael Tejeo, romántico de pro, cuya obra, poca pero profunda, nos gusta mirar

por sus efectos de claroscuros que nos hunden en alegorías y citas bíblicas, en la cercanía del Monasterio de la Cruz, vértice de su singladura. O más cercano, comenta la vida y obra de personajes de nuestro siglo como en el realce de Sor Evarista de tanta prosapia y santidad, o de Juan González Moreno, al que hemos de expresar nuestro agradecimiento por la defensa del patrimonio histórico artístico caravaqueño.

El tercer episodio dedicado a «Espacios y Lugares» nos ilustra sobre el Museo de la Vera Cruz, centro cultural indudable, ubicado en el Real Alcazar caravaqueño, con sala de pintura, de orfebrería, etc., aposento básico para el conocimiento de los enseres religiosos que imponen su cuño en relación con la Vera Cruz, de tanta devoción entre propios y extraños, lugar indudable de la peregrinación a tan excelsa ciudad, envuelta de un encanto de viñeta romántica. No faltan las investigaciones sobre iglesias, palacios y monumentos renacentistas, campo éste, en el que ha colaborado el autor asiduamente, junto con su esposa María Amparo, hermanando la erudición con la exquisita sensibilidad femenina que conforma un conjunto ideal. Y por supuesto desde el formato renacentista surge la ocasión del mecenazgo en el recuerdo de Lorenzo el Magnífico, de noble evocación en esta efemérides, donde lo italiano impregna la sabiduría del lienzo o la piedra en nuestra región. Pero es que además, no se olvida el cronista de otros edificios como el teatro El Thuillier, que fuera corral de comedias, o la placeta de toros, sin dejar de soslayo el interesante Balneario de Nuestra Señora de los Remedios, émulo del de Archena o de Fortuna, donde en época de Proust iba la gente a «tomar las aguas», que revitalizaban...

De singular importancia es el espacio cuarto del libro que dedica a la etnología, donde el autor es especialista e investigador, y

en este sentido pasa revista a todo acontecer festivo una vez iniciado el almanaque, dando la referencia histórica y el lugar, desde San Blas a la Navidad, referenciando la nota típica y colorista, a su vez que gastronómica del «Reventon», en pleno carnaval, o los clásicos y suntuosos «misereres» cuaresmales que meten en el alma eclosiones de muerte, y preparación para el momento de la Pasión de Cristo, sin desdeñar el esquema soberbio y de correcta echura caravaqueña, del Viernes de Lázaro, donde observa referencias humanas, no deslabazadas pero sí impregnadas de datos acústicos. Muy sugerentes son las vivencias narradas sobre la Semana Santa, que por ser vividas poseen más entusiasmo y que nos evocan algunas páginas de la Regenta, en su entonación de la «carraca», cuya voz ronca se hace eco de cierta suavidad desde la lejanía en que el autor la nota como «lastimera y viril», narradora del espasmo final de la Pasión de Cristo, recreándose, por otro lado, de la prosapia de las Cofradías que en Semana Santa recorren las calles caravaqueñas, que son ocasión de recogimiento y de cita para foráneos que descubren en esa ciudad milenaria todo el susurro de sus acontecimientos peculiares. Como también los disfruta en los sonos festivos de los «Caballos del Vino» o de los relacionados con la parafernalia de «Moros y Cristianos», que son acogedores y se gozan en el lugar, donde antaño, en el medievo, las tierras de esta villa retumbaron con las cabalgadas de la reconquista, pero ahora brotando con la magia del festejo que reafirma el triunfo del bien sobre el mal, con las secuencias de una simbología que de aquí se hace eco de una gracia y de un bello episodio.

De singular factura entendemos que es la semblanza que Melgares hace del «Tío de la Pita», que nos sugiere un personaje solanesco, desgarrado y típico, que se acurruca como un duendecillo por los parajes un tanto olvidada-

dos, y que nos trae la presencia de la Primavera, como mero prosarvante de los nuevos timbales que proclaman el amor a la vida y a la energía.

Su resultado es un excelente libro en cuatro tiempos, como una sinfonía de violín que nos envuelve en una unidad de tiempo y espacio.

Para quien este comentario escribe, Caravaca posee algo especial, es como una viñeta romántica a la que suele ir con admiración y cada vez que tengo el honor de atravesar sus hermosas tierras, suelo pararme en la altura y mirar la ciudad, entonces evoco las palabras de nuestro Cascales que siempre me han impresionado; cuando al referirse a la villa señala:

«está sentada sobre ásperos montes, tiene un Castillo fuerte y en lo bajo de él muchas cavernas y secretos, grutas labradas en una

peña viva, que en tiempo de moros servían de cárceles y mazmorras para encerrar los cristianos cautivos»...

Pienso que la grandeza de las ciudades le viene del pasado, de su silencio que acompaña a sus cosas, a sus hombres que descansan en el cementerio del lugar, pero que alguien los recuerda y viven en nosotros. Pienso que el cronista es el fiel proclamador de estas cosas y estas vidas pasadas. El cronista es la memoria. De ahí su importancia en esta sociedad que sólo se alimenta del consumo de no se qué aspectos, pues a ella habría que decirle que no sólo de pan vive el hombre sino de otros valores, que al fin y al cabo, son los que enriquecen el espíritu.

Sami

